

Las dudas del Cardenal

Las cámaras de televisión concentraban el interés en los rostros. Vimos miradas cansadas, gestos hieráticos, semblantes adormecidos por el sopor de duermevela. Todas eran fisonomías importantes, caras de personajes públicos: rostros de Obispos, de Expresidentes, de Ministros y Embajadores. ¿Reflexionaba Herrera Campíns sobre las medidas económicas que debía promulgar esa misma noche? Constantemente, sin embargo, la cámara regresaba al centro del acontecimiento, al altar mayor donde el nuevo Cardenal exhibía con áurea evidencia que era el primero en dignidad de los jerarcas que pastorean el rebaño católico de Venezuela.

La televisión desempeñaba impertérrita su oficio y como si fuera manejada por clérigos recalcaba el significado genuino de la ceremonia. Siempre que encuadraba la figura del Cardenal Lebrún aparecían también, absorbiéndolo todo, los brazos crucificados de Cristo y la desnudez total de su desamparo. Nosotros, por nuestra parte, pensábamos en lo molesto que se tenía que sentir el Cardenal flotante sobre aquella pompa como si más que un prelado-pastor fuera un emperador romano a punto de levantar el dedo pulgar para conceder amnistía a los gladiadores de circo. ¡Qué ganas tendría de terminar aquella liturgia milenaria! Más tarde, en su casa, entonaría el humilde Magníficat y alabaría a Dios porque "hace proezas con su brazo para humillar a los poderosos y saciar a los hambrientos". El nuevo Cardenal hizo siempre de estos sentimientos fermento de su acción pastoral y por eso confiamos en que lo seguirá haciendo.

Pero sabemos que a veces le merodean dudas muy hondas. También al Cardenal Montini cuando fue electo Papa. Resulta que veía demasiado lejos para decidir rápidamente. Paulo VI fue lento, acompasado, siempre angustiado por las dudas que segregaba su inteligencia y su bondad profundas. Sin embargo se sobrepuso a las incertidumbres y la Iglesia avanzó en la dimensión de un cristianismo menos aristócrata y más popular. El Cardenal Lebrún va a tener que remar también entre dos aguas, entre dos presiones y compromisos. Por un lado no podrá olvidar los rostros importantes de quienes asistieron cerquita de él al Te-Deum pero tampoco podrá evadir los ojos expectantes de aquel muñón de nuestro pueblo que lo saludó en Catia. Unos le ofrecerán "glorias y oros" si se afilia a sus apetencias. Los otros, nuestro pueblo llano, le ofrecerán sus hambres y desamparos que a lo mejor le quitan más de una vez el sueño.

El intrínquilis radica en que no se puede servir a dos señores ni defender dos fidelidades. Ni se puede ser pastor universal de todo el rebaño si no se tiene mayor cariño y dedicación a los más necesitados, a los más pueblo y desposeídos.

El Centro Gumilla, por su parte, aplaude y felicita al nuevo Cardenal, le ofrece su disponibilidad y la amistad mantenida hasta hoy y agradece a los camarógrafos de la Televisión el que durante el canto del Te-Deum la imagen totalizadora del Crucificado nunca se apartara de la figura del Cardenal Lebrún.

EL PAPA EN CENTROAMERICA

Cerramos este número de SIC en plena visita papal. No disponemos del texto completo de los discursos pronunciados hasta ahora y es aún prematuro intentar cualquier análisis. Sin embargo señalamos con gusto el coraje que supone el viaje y lo que, por las informaciones recibidas, parecen ser sus ideas centrales: No a la guerra, no a la intervención de potencias extranjeras, no al capitalismo, no a alternativas colectivistas, sí al diálogo y negociación, sí a la reconciliación interna en base a la justicia, sí a una Iglesia defensora de los oprimidos.

Esta Iglesia —dijo el Papa— "nos exhorta a ocuparnos no sólo de las cosas del espíritu, sino también de las realidades de este mundo y de la sociedad humana de la que somos parte".

"Nos exhorta a comprometernos en la eliminación de la injusticia, a trabajar por la paz y superación del odio y la violencia, nos exhorta a promover la dignidad del hombre, a sentirnos responsables de los pobres, de los enfermos, de los marginados y oprimidos, de los refugiados, de los exiliados y desplazados, así como de tantos otros a los que debe llegar nuestra solidaridad".

"Es necesario que exponamos con valentía las obligaciones sociales de la condición de ser cristiano". "El Evangelio debe defender a los hombres, sobre todo a los más pobres y a los más disminuidos que carecen de toda tierra y están marginalizados". "El evangelio se esforzará en eliminar la opresión y la injusticia bajo todas sus formas".

En nuestro próximo número sacaremos un análisis completo de esta visita que se presenta tan saludable para nuestros hermanos centroamericanos y que también debe interpelarnos a nosotros.